



# EL AGUA DEL BUITRE

Andrés Ortiz Tafur

# **El agua del buitre**

Andrés Ortiz Tafur



*A los que pierden*

*Hermano, tú tienes la luz, dime la mía.  
Soy como un ciego. Voy sin rumbo y ando a tientas.  
Voy bajo tempestades y tormentas,  
Ciego de ensueño y armonía.*

Rubén Darío

*¡Todo era amor... amor!  
No había más que amor.  
En todas partes se encontraba amor.  
No se podía hablar más que de amor.*

*Oliverio Girondo*

Fernando Pessoa

## **Golpe a golpe**

Antes, había una piedra en el camino que cuando la pateabas parecía recitar los versos de Machado y Serrat. Una cosa así de extraña o de loca es imposible, lo sé. por esa razón detallo que solo lo parecía, que se trataba de una piedra en el camino que al ser pateada parecía canturrear «caminante no hay camino, se hace camino al andar», etcétera, etcétera, etcétera.

No obstante, esa mera ensoñación resultaba suficiente para conducirnos cada tarde a todo el pueblo hasta allí. Y no a solas, en procesión. al principio, muy atentos a esa especie de musiquilla que parecía querer escaparse de la piedra cuando era pateada; luego, con el paso del tiempo, departiendo, además, de nuestros asuntos, lo mismo que si nos dirigiéramos a una fuente a por agua o a una pequeña ermita, situada en la cumbre de una montaña, a la que hubiese costumbre de ir durante el paseo.

Una mujer mayor custodiaba la piedra. el primer día dijo que era suya. apareció de la nada en la plaza, con ella en la mano, la depositó en el suelo y aseveró eso, que si se la pateaba con fuerza sonaban los versos de Machado y

Serrat. Quedaba poco para la feria, apenas unas semanas, dimos por supuesto que se trataba de alguna comediante y ninguno le echamos cuenta. Hasta que un chiquillo, con la única intención de fastidiar a la vieja, cogió carrerilla y golpeó el guijarro lo mismo que a un balón.

De la boca de la piedra salieron nítidamente (o así nos lo pareció) las dos primeras palabras del poema: «Todo pasa». Y, al poco, cuando otro nene más corpulento que el anterior tomó distancia y la pateó de nuevo, las tres siguientes: «y todo queda».

Consternados por un hecho tan extraordinario, el resto de habitantes del pueblo llevamos a cabo ese ejercicio y condujimos la piedra hasta el camino donde ahora se encuentra. Conseguimos cuarenta y un versos y medio, la obra al completo, a falta de dos escuálidas palabras.

Nos sentíamos eufóricos, lo mismo que Serrat encaramado en el centro del escenario de un gran estadio, frente a una multitud. Golpe a golpe y verso a verso, la ruleta había vuelto a recaer en el primer chiquillo y, al pronto, se nos antojó lo más justo para finiquitar la hazaña, como si el destino o el azar, al fin, hubieran decidido prestarse a oficiar una fe en la que poder creer sin dudas.

Resultaba hermoso descubrir a ese nene sabiéndose protagonista de la historia, emulando a las estrellas de fútbol en el último minuto de una final, frente al punto de penalti, con el partido empatado a cero. Muy hermoso.

Ante la atenta mirada de todos, el niño tomó al fin distancia, fijó —un instante— los ojos en la piedra, se llevó

las manos a la cintura, movió a derecha e izquierda las caderas y el cuello, para intentar —de ese modo tan televisivo— liberarse de la tensión, e inició la carrera...

No tiró. alguien, no se sabe quién, alcanzó otra piedra del camino, cualquier otra piedra, y la lanzó al aire con la única intención de golpear al nene y frustrar el acontecimiento. No falló.

La tristeza que originó la muerte del chiquillo interrumpió el juego hasta el día siguiente.

Ese día, la vieja reapareció en la plaza, depositó el guijarro en el suelo y, antes de que le permitiéramos advertir que sonarían los versos de Machado y Serrat si se le pateaba con fuerza, el niño que había conseguido sacar una palabra más que el niño muerto cogió carrerilla y lo golpeó.

Dos palabras otra vez. las mismas (todo pasa), con algo menos de claridad, pero se escucharon. Todos lo hicimos (o eso nos pareció). Entonces, de inmediato, otro nene más mayor emuló el gesto y logró arrebatarse las otras tres (y todo queda); y el resto de habitantes del pueblo, uno a uno, los cuarenta y un versos, sin alcanzar el medio del día anterior.

Se instauró, no obstante, la euforia; de nuevo todos sentimos que, con algo de suerte, el destino o el azar

volvían a prestarse a señalar el término de la ruleta en el niño que la había inaugurado, lo más justo para finalizar aquella hazaña. Y, de nuevo, alguien, no se sabe quién, agarró otra piedra del camino, cualquier otra piedra, la lanzó al aire y lo mató.

Al día siguiente, no alcanzamos los cuarenta y un versos, nos faltaron dos escuálidas palabras. Y al otro, nos quedamos por debajo de cuarenta.

Hoy, hay una piedra en el camino hacia un pueblo que ya no existe.



# Clemente

A María del Rosario V.O.

Llevo muerto cuatro años y nadie viene. Según mis cálculos, los ahorros de la cuenta corriente se han acabado y el banco ya no puede seguir cobrándose la hipoteca. Entonces imagino que al paso de tres o cuatro meses, a lo sumo, un cerrajero, un agente judicial y un representante de la entidad bancaria echarán al fin la puerta abajo, verán lo que ocurre y, de seguido, una pareja de guardias, el Samur, un juez y unos operarios funerarios me sacarán de aquí, ante el revuelo de vecinos y curiosos.

El sistema funciona: el grifo de la cocina no gotea y eso significa que el agua me la han cortado; y la luz también, porque el motor del frigorífico no arranca. El impuesto de bienes inmuebles me lo habrán pasado con su correspondiente recargo, lo mismo que las posibles sanciones administrativas que haya podido ocasionar mi falta, e imagino que una grúa retiraría en su tiempo mi coche del garaje, en vista de que no pagaba las mensualidades y desoía los requerimientos. El teléfono no suena, claro que tampoco lo hacía antes.

la tapa de la olla laster me mató. Al parecer, se atoró el conducto por el que suelta el vapor y el mecanismo de

seguridad falló. Tiene su gracia: me gusta tanto el cocido que, durante los primeros días, el hambre no se me quitó. Y yo ya estaba fiambre; porque la herida era mortal de necesidad: mi cabeza reposa en mitad del pasillo y el cuerpo cayó derrotado ahí, frente al hogar. Se ve que los huesos del jamón, el muslo de pollo, el chorizo, la morcilla, la verdura, las patatas y el caldo espeso que todos estos mejunjes forman al cocer, cuentan de veras con la propiedad de resucitar a un muerto.

Perdí el hambre y las ganas de estar vivo al cabo de unos días, cuando tomé conciencia de la inmensa soledad que me rodea. Quiero decir que este duermevela en el que me encuentro comenzó a provocarme mucho dolor. Debe de estar bien si asistes como testigo a los lloros de la gente que te quiere y a esos conatos de enorme impotencia que a veces genera la desaparición de alguien: una especie de homenaje, la certidumbre de que te aman y de que, para algunas personas, el vacío que dejas se torna en irremplazable —gran cosa—. A mí me ha tocado lo contrario: el silencio mayúsculo, irrompible, que es como si la maldita tapa de la olla laster no cesara de golpearme y decapitarme a cada rato.

Mucho dolor, pero no insoportable. Ojalá lo fuera. Ojalá se incrementara hasta originarme un desmayo. Supongo que en ese punto terminará todo: muerto e inconsciente, incapaz de ver la putrefacción de mi cuerpo y mi cabeza, de estar atento al grifo del fregadero o al motor de la nevera, y sin el deber de calibrar cuándo el piso pasará a ser

propiedad del banco y suscitaré, de ese modo, un nuevo temblor en el sistema. La muerte de la muerte, frente a esta suerte de inmortalidad asesina.

Llevo meses saliendo a la calle. Nada me lo impide. Puedo caminar a mi antojo y en varias direcciones a la vez; mi existencia obedece a una forma de gas o de aire o de partículas, que poseen la propiedad de subdividirse hasta el infinito. Lo paradójico es que aquí, en esta casa, siempre se queda el gas, el aire o la partícula primitiva, y marcharme del todo, aun permaneciendo en muchos otros lugares, se erige en un imposible. Y no pretendo dar a entender que me encuentro mejor en otros sitios; ocurre que la sensación de desgracia y desabrigo resulta más liviana cuando me alejo, como la media hora en el patio de un recluso.

Visito a todas las personas con las que tuve relación y les pregunto si no se han percatado de mi ausencia. Pero no me escuchan, siguen a lo suyo. Al parecer, esta voz no sirve más que para comunicarme conmigo. Ni me ven; estaría bien que me vieran, realmente bien; seguro que eso solo bastaría para que dieran aviso a las autoridades: *¡señor agente, un hombre sin cabeza, con la cabeza debajo del brazo, ha venido a verme! ¡Señor agente! ¡Señor agente!* Otro dolor de los grandes, también irrompible, y sin cota, aunque inoperante en lo que se refiere al desmayo. Ya lo dice la canción: «Más duele volverte a ver que el olvido».

Pese a la inutilidad, la impotencia me empuja a dirigirme a ellos, y a golpearles y a escupirles en sus rostros; no sangran, ni siquiera consigo que un acto reflejo mueva sus cabezas o sus cuerpos. Soy invisible. Para la mayoría de ellos siempre lo he sido.

El primer día que abrí la puerta de casa me encontré con tres bolsas de plástico, llenas de pan, colgadas del pomo, y una nota manuscrita grapada a una de ellas en la que el panadero me anunciaba que me sacaba del reparto y me indicaba la dirección del despacho en el que me convidaba a abonar lo pendiente. Tres días le duró la paciencia o la confianza y la buena educación. Luego, si es que sopesó la posibilidad de que podía haber salido de viaje, sin darle aviso, supongo que aguardaría otros tres o cuatro días más antes de empezar a criticar mi supuesta actitud con el resto de vecinos de la finca. ¡Como para no propinarle un buen rechazazo!

Seguimos subiendo: a tenor de lo ocurrido en estos cuatro años: muerto, en el interior de mi piso, con el cuerpo derrotado frente al hogar, ante una olla de cocido, y con la cabeza presidiendo el pasillo, los vecinos le debieron de dar la razón al panadero. Porque, en las fechas siguientes, algunos picaron en la puerta, pero ninguno insistió demasiado ni terminó alarmándose hasta el punto de decidirse a telefonar a la policía. Solo el presidente de la comunidad, ese no falla un mes; del uno al cinco aporrea

el tablón a diario y con saña: *¡Señor Clemente, soy Eladio Martínez, Eladio Martínez Segundo, el presidente! ¡Vengo por el recibo!* —repite, dos o tres veces, antes de marcharse maldiciendo, escalera abajo.

Ayer estuve en la frutería. La encargada —o la que ejerce de tal cosa, porque en una ocasión me contó que ella y su compañera en realidad cobran lo mismo—, en cuanto entraba el invierno solía pedirme que me abrochara el abrigo y que me anudara la bufanda, y me quitaba la idea de llevarme naranjas o mandarinas si no estaban buenas. Se comporta así con todo el mundo, lo que se dice una bella persona; sin embargo, no le extrañó que de un día a otro dejara de acudir a su establecimiento. Supongo que pensaría que me había muerto, simplemente. Porque es cierto que la muerte aparece de esa manera en incontables ocasiones: un día no ves a alguien y ni tan siquiera eres consciente de que no le has visto; el segundo día sí, y, con mucho, sospechas que se encuentra en la cama con fiebre o que ha partido de viaje; y solo después de algunas semanas sin saber, con escaso pasmo, caes en la cuenta de que lo más probable es que haya muerto. Y no sucede nada, ¿por qué ha de suceder algo?; lo sientes en la medida justa, lógica, y ya está; porque la muerte es ley de vida y porque das por hecho que sus familiares y amigos lo velaron y lloraron en un tanatorio y lo incineraron y esparcieron sus cenizas o lo enterraron en un cementerio.